

plicacion en que vuestra eminencia ha entrado conmigo, respecto á la carta que vuestra eminencia ha escrito á M. el duque de Choiseul: Siento á la verdad que vuestra eminencia suponga, por un momento siquiera, que tengo la menor desconfianza respecto á su persona, pues si por mi carácter no la tengo de la persona mas indiferente, mucho ménos la tendré de vuestra eminencia, relativamente á sus bondades, con las que cuento.

“No me sorprende que el cardenal Corsini no haya convenido en que cada potencia pueda hacer uso, mas de una vez, del derecho de exclusion. Este es un principio que no es del género que pueda agrandar al Sacro Colegio; pero mas son de temer las consecuencias de parte de las cortes, que multiplicarian, en su caso, estas exclusiones, que la realidad misma del derecho que en tanto existe, en cuanto la potencia que de él hace uso tiene medios para dar valor á la voluntad que enuncia. Finalmente, creo, así como vuestra eminencia, que esto es un remedio odioso, al que no debe acudirse sino en la última extremidad. En cuanto al partido que conveniria tomar á vuestra eminencia en el caso de vernos obligados á elegir por papa á uno de los sujetos excluidos por las coronas, y al que no reconocerian como tal los ministros de las cortes, vuestra eminencia sabe que nuestras instrucciones nada dicen sobre este particular. Seria muy esencial que su conducta, supuesto ese caso, fuese uniforme. Estoy muy seguro de que si se multiplicasen las demostraciones contra semejante eleccion, el papa electo se apresuraria á anularla. Pero sea de esto lo que quiera, conviene que se fomente ese temor y que se haga saber al cónclave que se apelaria en último recurso á esta extremidad, si se nos quisiese forzar.”

Este es el cálculo que forman los diplomáticos, y he aquí el ultimatum que hacen saber al Sacro Colegio. D' Aubeterre nada oculta; mas para hacer aceptar estas humillaciones, se las dirige á Bernis, vendiéndoselas como lisonja. Continúa en estos términos: “No se habla de otra cosa en toda la ciudad, que de la estimacion general del Sacro Colegio hácia la persona de vuestra eminencia, que sabe hacerse amar y temer al mismo tiempo. El público desearia que vuestra eminencia fuese secretario de Estado. Dudo que vuestra eminencia secundase su voto. Respecto al público, tiene mucha razon, y es la primera vez que le veo anhelar una cosa acertada. Espero que el cuidado de vuestra eminencia sabrá sostener la paz y la union entre los cardenales de nuestro partido. Es un punto muy esencial, el garantizarse de los artificios que los demas no dejarán de emplear para arrojar en el cónclave la desconfianza y despues la desunion. Pero vuestra eminencia está á la vista, y yo descansó tranquilamente en su celo.”

Este deseo era de todo punto imposible de cumplirse: la insolencia con el Sacro Colegio llegaba á ser un ultraje gratuito. Bernis

aceptó una cosa y otra sin mostrar descontento. Al dia siguiente, 2 de Abril, D' Aubeterre, que tenia tomadas sus precauciones respecto á la conciencia del cardenal, comienza á descubrir sus artificios. “Hay apariencias, le dice, de que, contando con todos, no habrá mas de cuarenta y cinco cardenales en el cónclave. Diez y seis nos bastan para una exclusiva (1), y cuando nuestras tropas se hallen reunidas, tendremos diez muy seguros, seis napolitanos, dos franceses y dos españoles. Podremos esperar que llegaremos á hacernos con algunos mas, entre los cardenales de Yorek, Lante, los dos Corsini, Ganganelli, Malvezzi, Pallavicini, Pozzobonelli y los dos Colona. Estos dos últimos están en el caso de tener muchas consideraciones con la corte de Nápoles, pues ademas de los muchos beneficios personales que han recibido de ese reino, la mayor parte de la fortuna de su hermano está allí, y hablándoles un poco fuerte, si necesario fuese, no dudo que se les pueda impedir que se inclinen por un sugeto que no sea del agrado de su magestad siciliana.”

El rey Fernando de Nápoles, á pesar de su debilidad de carácter, resistia, cuanto le era posible, á las concesiones; pero el marqués de Tanucci, su ministro, se mostraba fuerte con él, y como hechura de Carlos III secundaba activamente los votos de las demas cortes, pues su fortuna política y privada se hallaba íntimamente unida á la supresion de los Jesuitas. D' Aubeterre habia tendido sus redes al rededor de Bernis: le creia laborioso y pródigo; y el 8 de Abril le propuso un medio, que, segun él, debia con un solo golpe, producir felices resultados para su intriga: “Lo que no se hace con todos, le decia vuestra eminencia, puede en particular hacerlo, si las circunstancias fuesen favorables, con el que debiese salir electo, que es, ponerle una condicion ántes de que se decidiese su eleccion. Un cardenal, ántes de ser papa, se presta voluntariamente para el porvenir, y de esto hay muchos ejemplos. En ese caso, se le reduciria solamente á asegurar la destruccion de los Jesuitas, reservando el resto; y para su cumplimiento, se le arrancaria una promesa por escrito, y si no accediese absolutamente, al ménos un compromiso verbal ante testigos.”

(1) Se llama *exclusiva de cardenales* en el cónclave, la oposicion constante de una parte de los miembros del Sacro Colegio contra la otra, y con el objeto de impedir la exaltacion al pontificado del cardenal que no se quiere. La exclusion de las cortes es, segun dicen los romanos, un aviso pacífico, que las cortes de Viena, de Paris y de Madrid someten al cónclave, sobre un solo cardenal, declarando que su eleccion no seria agradable á cualquiera de ellas respectivamente por motivos particulares. Este *aviso pacífico* llegó á convertirse en una especie de derecho. En el cónclave de 1769 degeneró de tal modo en abuso, que este escándalo, tan al descubierto, necesariamente ha debido volver á la Iglesia su independencia primitiva.

El 10 de Abril, D' Aubeterre desarrolla mas su sistema. "La reunion de las hechuras de Benedicto XIV, escribe el cardenal de Bernis, si dan por gefe de la Iglesia al cardenal Malvezzi, es una gran medida, que dará solidez y cuerpo á este partido, al que no faltaba mas que un centro. Espero saber con impaciencia que se consuma este plan, que contemplo como el mas grande y mas útil, y el único, á mi ver, capaz de asegurar nuestro estado presente.

"No puedo ménos de respetar los principios que sienta vuestra eminencia, sobre lo delicado que es el tomar, respecto al papa futuro, medida de compromiso personal tocante á la destruccion de los Jesuitas. Veo con sentimiento que este negocio, que creo tan útil á lo espiritual y temporal, se va dilatando mucho, si es que al fin no se desgracia enteramente, segun las circunstancias. Apenas habria un cardenal que se negase á hacer semejante trato con tal de ser papa. Respecto á los italianos, no acabo de creer que hiciesen un caso de conciencia de esa promesa anticipada. Los conozco demasiado, para pensar de otra manera, y los ejemplos de este género son muy frecuentes. Si mediase un papel escrito y firmado, seria mas que probable que el que le hubiera hecho ejecutase su contenido bajo pena de verse en otro caso públicamente deshonrado á la faz del catolicismo entero. Mas á pesar de todo, si esta idea no agrada á vuestra eminencia, nada de lo dicho."

Tal era el plan de las coronas. Desconfiaban del Sacro Colegio, y querian asegurarse, con que el futuro papa firmase el compromiso de secularizar la Compañía de Jesus. Bernis, fluctuante entre el primero de los deberes y su interes personal, rechazó con fuerza semejante proyecto. El 11 de Abril, D' Aubeterre trata de calmar los escrúpulos que en su opinion, aquel no comprende, y responde á sus objeciones: "Me encuentro verdaderamente consternado, le escribe, por la repugnancia que manifiesta vuestra eminencia al arreglo particular que le he propuesto, el cual es deseado por la España, y lo seria infaliblemente por la Francia, si se hubiese tocado en su tiempo esa cuestion. El advenimiento de un nuevo papa es lo mejor que pudiera acaecer para llevar adelante nuestras miras. No exigirle compromiso alguno de antemano, es echarlo á perder todo, y dejar pasar la mejor ocasion y medio mas seguro, que cuantos pudieran en adelante emplear las diferentes cortes. No conozco mas teología que la natural, y jamas llegaré á comprender, que pueda ser reputado como convencion ilícita un pacto que no tiene mas objeto que la secularizacion de un orden religioso que nadie negará que mantiene la division y guerra intestina en la Iglesia mientras subsista; por el contrario, esta medida no puede ser reputada, á los ojos de las personas ilustradas, sino como digna de mérito y causante de un bien efectivo para la religion. Sé muy bien, que no soy apto para ser en las presentes circunstancias el casuista de vuestra

eminencia; pero tengo una esperanza fundada, de que si vuestra eminencia se descubre confidencialmente sobre esto al cardenal Ganganelli, uno de los teólogos mas célebres de ese pais, y que jamas ha pasado por tener una moral relajada, quizá se acercase mucho á mi pensamiento. No se trata aquí de temporalidad, sino absolutamente de una pura espiritualidad. Nada hay mas dudoso que lo que hará un papa, sea el que sea, despues de salir electo, si antes no se le tiene comprometido."

La cuestion propuesta en tan explícitos términos, no deja la menor duda, ni aun á la conciencia mas desnuda de escrúpulos. El cónclave se hallaba eminentemente colocado bajo el golpe de una infame maniobra que tendia á deshonorar la Iglesia. Los embajadores de las potencias habian tomado la iniciativa en el Sacro Colegio, y eran los que mandaban en Roma. Sin embargo, ántes de pasar veinticuatro horas, despues de estas confidencias, Bernis dió parte al duque de Choiseul de sus temores y de sus esperanzas sobre los cardenales, y en seguida añade en esta carta, datada desde el mismo cónclave el 12 de Abril: "Puede decirse, que en ningun tiempo el Sacro Colegio se ha compuesto como al presente de personas tan piadosas y edificantes. Las pocas excepciones que pueden hacerse se reducen á un corto número; pero es preciso convenir que nunca se ha mostrado la corte de Roma tan interesada como ahora en este gran negocio, ni tan ignorante al propio tiempo de los designios de las demas cortes. Esta ignorancia es uno de los mayores obstáculos que se presentan para el buen éxito de las negociaciones ulteriores. Estas gentes no se ocupan mas que de lo que es preciso hacer ó evitar, para no comprometer la Santa Sede con las potencias. Toda su política no sale del recinto de Monte-Cavallo. La intriga diaria es su verdadera ocupacion, y desgraciadamente para la paz de la Iglesia, su sola ciencia."

Bernis estaba muy al corriente del modo de pensar de sus compañeros. A pesar de sus vanidosas preocupaciones, confesaba de plano que sus caricias y sus adulaciones de nada servian, y en lugar de admirar esta firmeza sacerdotal, la transformaba en ignorancia, á la que inmolvaba su amor propio lastimado. Acabamos de oírle decir á Choiseul su opinion sobre el Sacro Colegio; y he aquí que el 14 de Abril, tanto él como D' Aubeterre desesperan de encontrar un papa segun el deseo de las coronas. Es por cierto una leccion cruel en la historia de la Iglesia, un cónclave, en el que todos los soberanos católicos se ligan con cinco ó seis cardenales gangrenados, para sentar la simonía en la cátedra de San Pedro. Pero esta leccion está muy en su lugar, y quedará para siempre inscrita en el respaldo de esa silla, como eterno monumento de la fuerza de alma de unos y de la perversidad de otros. Bernis escribe, pues, fecha 14 de Abril, al marques D' Aubeterre lo siguiente:

“Ya no habrá disputa entre vuestra excelencia y yo, sobre un arreglo que repugna á mi estado; pues respecto al fondo de la cuestion ya hace mucho tiempo que he pensado, que despues de lo que se ha hecho, es político y casi necesario el concluirlo. Los medios para ello son los que me contienen. No dejaré duda alguna ni tergiversacion sobre este particular en la primera carta que escriba á M. el duque de Choiseul. Puedo aseguraros que el cardenal de Luynes piensa como yo, y que está persuadido (despues que estoy aquí) que seria de desear, que se pudiese acabar lo comenzado, valiéndose de medios convenientes. Lo principal de todo es, elegir un papa de tan buena cabeza que quiera sacrificar las pequeñas consideraciones á las grandes. ¿Pero dónde se halla ese papa? ¿Dónde buscar un secretario de estado superior á las miserias locales de este pais? Le busco, y no le encuentro. Tan solo veo medianías en los unos y en los otros; porque no debemos alucinarnos; se adelantaria mucho mas en el interesante negocio de los Jesuitas con un hombre de fortaleza, que con un débil, suponiendo que no fuese fanático.

“Cavalchini nos ha avisado que el partido de Fantuzzi reunirá los demas partidos. Si esto es verdad Fantuzzi ha transigido secretamente con los Jesuitas. Me aprovecho de esto, que ha dado luz á Andrés Corsini, y me aprovecharé mas aun. Cavalchini, á quien he hablado, me ha prometido que jamas daria su voto á Fantuzzi: si este tuviese diez años ménos, pudiera sacarse de él un gran partido. Los españoles vienen por tierra, y he aquí la eleccion suspensa por mas tiempo: no obstante, será muy posible sostener por mas de un mes la inaccion del cónclave. Ya veis que no me olvido de destruir las medidas de Fantuzzi con su partido, que hoy dia no es sino un espantajo; pero si bien no es mas que fantasma para asustar, no por eso debemos dejar de estar sobre aviso. Aseguraremos á su tiempo nuestra exclusiva á fuerza de votos, y no echarémos mano de las exclusiones formales sino en un caso extremo. Todos nuestros amigos tienen mayores deseos que cabeza, lo que es muy sensible. Si Ganganelli no tuviese tanto miedo á manciullarse apareciendo ligado con las coronas, en él encontraria mas recursos que en ningun otro; pero esto no es posible: á fuerza de maña va haciendo su negocio, y cuanto mas se oculta, tanto mas se trasluce su ambicion: esta es la conducta á que está acostumbrado en el claustro; tiene miedo hasta de su sombra. Esta es su falta. Todo mi plan se cifra en nuestra exclusiva. Yo no asusto á nadie, y á Dios gracias, he podido persuadir al cardenal de Luynes que no obre con precipitacion, ni hable demasiado. Este cardenal en su fondo es un buen hombre, dispuesto siempre á lo que el rey quiera que se haga, exceptuando lo que nosotros no podiamos hacer en manera alguna sin deshonorarnos *in sacula seculorum*.

“Dios mio! ¡Cuánto siento encontrar tan pocos hombres aquí!

Puede estar seguro el ministro de mi respetuosa adhesion y de mi constante fidelidad.

“La tardanza de los españoles ha causado una grande sensacion. Todos se ocupan de ella, y con razon. Los ancianos sufren, y todos murmuran, pero por lo bajo. A lo largo sucederá la impaciencia, y llegando ese caso, saldrán nuestros votos autorizando la exclusiva. He aquí mi gran temor, porque entónces no harémos ni el papa ni el secretario de estado, y quedaremos destinados á la vergüenza pública.”

Al dia siguiente, 15 de Abril, Bernis continúa su papel de tentador: “He visto, dice, al viejo Corsini, y le he hablado. Este hombre está firme. Le he adulado, y está muy contento del papel que le quiero hacer representar. Lante me ha prometido afirmativamente su voto. Tambien he visto al viejo Conti: su miedo no deja de ser fundado; pero lo que es hasta el presente (porque soy muy desconfiado desde que estoy en Italia) el que me ha encantado es Malvezzi.”

Sin embargo de todo esto, los negocios no marchaban enteramente á gusto de la casa de Borbon. Entre los enemigos de la Compañía de Jesus y los diplomáticos que se esforzaban en envilecer el Sacro Colegio, aguardando la ocasion de deshonorar á un papa, acababa de estallar una excision sorda, pero profunda. Don Nicolas de Azara no se prestaba siempre ni sin comentarios indiscretos á la complicidad que su colega Azpuru se creia con derecho á esperar de él. Azara queria reflexionar sobre las injusticias á las cuales se asociaba. Ya fuese por prevision, ya por probidad, se oponia de tiempo en tiempo á los designios que le parecian culpables, y aun algunas veces hacian que se frustrasen. Azpuru en su descontento le acusaba de jesuitismo, y el 9 de Abril D' Aubeterre contaba á Bernis el resultado de estas querellas diplomáticas.

“He contestado ayer, le decia, tan de ligero al billete número 13 de vuestra eminencia, que me creo en necesidad de volveros á hablar de algunos puntos, sobre los cuales pasé muy por encima, como por ejemplo, respecto al agente de España, que se llama Azara. Azpuru y él se han declarado la guerra al cabo de cuatro años que estaban juntos. Mr. de Choiseul se lo ha participado al gobierno español, y yo he escrito sobre ello directamente á Grimaldi. El agente se encuentra indeciso, y cada vez es mas circunspecto, lo que ha hecho que llegue la desconfianza hasta el cardenal Orsini y el abate Centomani, otro agente de Nápoles, en quien descansa M. de Tanucci, y tiene mucho crédito con él. El agente de España está lleno de confianza y de presuncion; es capaz de una imprudencia del momento, pero no de una imprudencia sostenida y reflexiva. Tiene demasiado talento y luces para dejarse llevar. Este pais es terrible en punto á personalidades y delaciones. Al presente, que

ya está manifiesta la desconfianza, Azpuru y el cardenal Orsini toman como realidad la voz mas insignificante que se refiera á cualquiera de los dos. En cuanto á mí, no puedo creer que Azara tenga la menor correspondencia con Juan Francisco Albani. Le conozco muy bien, y sabe bajo qué pié se le considera en España. Obrando de otra manera, expondria su persona y toda su fortuna, que es lo que le hace estar tan preponderante. Pero nunca estará de mas que M. el cardenal Orsini dé parte de todo á Tanucci. El agente que conoce la influencia del napolitano sobre el rey de España, le teme como el fuego, y una pequeña advertencia le vendrá muy bien, habiendo como hay necesidad de impulsarle.

“Por lo que á mí toca, como estas son disputas sin fin, hago lo posible por huir de ellas, no pudiendo, como no puedo, hacer nada en el asunto. No creo que la España ceje mas allá de lo que hemos visto, y si lo hace, no debe ser sino con la mira de facilitar mas la destruccion de los Jesuitas. El rey de España y su confesor los aborrecen, y mucho mas de lo que se piensa. Lo mismo sucede en Portugal, y solo en este sentido se debe interpretar su mayor aproximacion á Roma.”

No ignoraba el Sacro Colegio nada de cuanto los ministros de las córtes comunicaban en sus despachos confidenciales. Se queria inhabilitarle, y luego corromperle para acabar con la Compañía de Jesus, alimentando con esto la mas lejana esperanza de hacer lo propio con el catolicismo. Muchos cardenales resistian en el silencio á tan continuo asedio; otros se alzaban con energía contra estas tramas desconocidas y nunca vistas, en que se queria envolver al cónclave. No faltaban quejas y murmullos; la discordia estallaba entre los príncipes de la Iglesia, y para pintar con su verdadero colorido la posicion de mediador que Bernis aceptaba en estas excisiones, provocadas por la intriga, escribia á D'Aubeterre con fecha 17 de Abril:

“El cardenal Orsini, con quien mi compañero y yo hemos tenido una conferencia, os pedirá explicaciones respecto á la seguridad y uniformidad de nuestra marcha ulterior. Vuestra respuesta nos arreglará igualmente á los tres. He vuelto por pasiva el argumento contra la tiranía de las cortes de la manera que vuestra excelencia desea. Nosotros juntos hacemos papas mucho mejor que el cónclave. Los medios de temor son muy buenos para empleados aquí, con tal que la mano sea ligera aunque firme. He visto en particular al cardenal Pozzobonelli, que ya habia declarado á Orsini tener órden de concertarse con nosotros. Me lo ha asegurado personalmente, diciéndome ademas que el emperador habia hablado de mí ventajosamente. Le he dado cuentas del estado del cónclave, y hemos convenido, que era preciso aguardar á los españoles, y que á su llegada trataríamos todos de buena fe. Desgraciada-

mente ha tenido órden de avistarse con el viejo Albani, y de comunicarle su instruccion ostensible, y me ha dado á entender que no se lo ha manifestado todo. Esto es un percance, porque ese viejo zorro sabe mas que aquel, y ya se alaba de esa comunicacion. El cardenal Lanze es tambien de los amigos de Pozzobonelli, y ha sucedido que habiéndole dejado jansenista en el último cónclave, y no habiendo sabido su cambio actual, no le ha hablado durante el escrutinio sino de Pascal y de Arnaud. Esto es para que se rian los que tengan gana. Fuera de todo, yo soy el zapatero del Sacro Colegio, y arreglo los zapatos mal hechos. La armonía entre nosotros es completa, lo cual es gran adelanto; el comboy de las tropas de nuestros contrarios comienzan á oscurecerse, y éstos ya han dispuesto que la mayor parte de su gente vuelva á entrar en su antiguo campamento.

“Nadie me afea de la máxima, de que la eleccion de un papa puede ser válida, cuando se ha hecho con todas las formas; pero al mismo tiempo creo necesaria que se la reconozca como tal, por los soberanos, para que tenga cumplido efecto. Cuando llegue el caso, podeis estar seguro de que hablaré con firmeza.”

Desde esta fecha se da principio á otra comedia. El cardenal de Bernis extipula secretamente con el duque de Choiseul, que si por acaso fuese tan desgraciado que no acertase en la eleccion de un papa del agrado de las coronas y hostil á los Jesuitas, la embajada de Roma seria uno de los gajes de este contrato. D'Aubeterre supo esto; y al verse sacrificado, como buen cortesano que aguarda su desquite, se le vió ostensiblemente tomar su partido. Esta actitud inquietó á Bernis, y para quitar toda desconfianza al diplomático, el príncipe de la Iglesia continúa en estos términos su carta de 17 de Abril:

“Si llegase el caso de que los tres ministros saliesen de Roma, me parece oportuno, que despues de haber seguido el ejemplo de mis compañeros, para la adoracion del papa, sobre la cual, ni vos ni yo tenemos la menor instruccion, yo mismo saldria tambien de Roma; puesto que, ademas de que esta conducta probaria en mayor grado el modo de pensar de nuestras cortes, y daria mucho en qué pensar al nuevo papa, conoceréis tambien que nuestra permanencia en Roma seria tan desagradable como poco decente, despues de la gran campanada de nuestra salida.

“En este caso dado, yo no tendria la menor envidia de aparecer como un negociador, y mucho ménos de haberlo sido realmente. El aire de este pais es demasiado cargado para mí, y ademas la vida que aquí paso no es conveniente ni á mi salud ni á mi carácter. No deseo sino vivir en adelante entre gentes honradas y de buen humor y cultivar mi jardin.”

Este es el último deseo de este diocleciano del Sacro Colegio, en

busca de su pequeña quinta de Salona, que la encontrará después en un magnífico palacio de Roma, donde se resignará á vivir mas de veinte años. D' Aubeterre contesta á estas intenciones del cardenal, el 19 de Abril: "He recibido, le dice, el billete con que vuestra eminencia me ha honrado. Soy muy amigo vuestro para andarme en cumplimientos. No le diré sino lo que pienso. Estoy muy persuadido, de que nadie se encuentra en mejor posicion que vuestra eminencia, para poder terminar las cuestiones de las diferentes cortes con la de Roma; pero yo no me encuentro autorizado para entenderme directamente con el duque de Choiseul, mas allá de la esfera en que me hallo circunscrito, á ménos que él no me busque. Por lo tanto, vuestra eminencia puede estar tranquila sobre este particular. Si el duque me buscara, no podría dispensarme de decirle claramente lo que pienso, aunque conozca por mí mismo lo mucho que contrarian los negocios cuando uno desea sinceramente su tranquilidad. Por mucho deseo que tenga de hacer cuanto sea de vuestro agrado, diré siempre la verdad; pero aunque al duque le viniese esa idea, que seria muy buena, no veo ni apariencias siquiera de que se me consultase para ejecutarla. En todo caso vuestra eminencia tendria siempre una excusa legítima, la de su salud."

Bernis pretendia ser el zapatero remendon del Sacro Colegio, que avenia los zapatos mal hechos, y mucho le debió ocupar ese trabajo, pues las varias listas en que se dividió al Sacro Colegio, de buenos, de dudosos, de malos y de indiferentes, prueban, que la mayoría del cónclave estaba muy distante de condescender á las miras de la casa de Borbon y á las intrigas de sus cardenales y diplomáticos. Bernis estableció categorías por un lado; el gobierno español, su embajada en Roma, y la faccion que ésta dirigia, las formó por otro, repartiéndose los votos de esta manera: Cuatro eran las clases de cardenales. Once de éstos se contaban en la primera. La España les reputaba como buenos (*buenos*) es decir, que á sus ojos se encontraban dispuestos á sacrificar á los Jesuitas y á hacerse cortesanos de las potencias. He aquí sus nombres: Sersale, Calvachini, Negroni, Durini, Neri Corsini, Conti, Branciforte, Caracciolo (1), Andres Corsini, Ganganelli y Pirelli. Seis estaban designados como muy malos (*pesimi*). Los nombres de éstos son un título de gloria para la cristiandad entera. Los cardenales Torregiani, Castelli, Buonacorsi, Chigi, Boschi, y Rezzonico merecieron una exclusion en compañía de otros, á quienes se

(1) En el manuscrito español de esta lista, dirigida por el marques de Grimaldi, ministro de estado de Carlos III, á M. Azpuru, embajador de España, lista de cuya autenticidad salimos garantes, en los nombres de los cardenales Caracciolo, Ganganelli y Pirelli, se encuentran tres notas concebidas en estos términos: Caracciolo (*Signor Tanucci dice, malo*). Ganganelli (*hay cartas que dicen ser Jesuita*). Pirelli (*Tanucci dice, malo*).

distinguió solamente con la denominacion de *malos*, que eran los cardenales Oddi, Alejandro Albani, de Rossi, Calini, Veterani, Molino, Priuli, Bufalini, des Lanze, Spinola, Paracciani, Juan Francisco Albani, Borromeo, Colonna y Fantuzzi.

Tres solamente componian la clase de *dudosos*. Estos eran Lante, Stoppani y Servelloni. Nueve la clase de nulos ó *indiferentes*: Guglielmi, Canale, Pozzobonelli, Malvezzi, Pallavicini, York y Pamphili.

Los cardenales españoles y franceses, Solis, La Cerda, Bernis y de Luynes, juntos con Orsini, se excluyeron á sí mismos de estas categorías; pero sus votos estaban prontos para dar al pontificado al que se presentase dispuesto á rebajar á la Iglesia, accediendo á las concesiones imperiosamente exigidas por las tres cortes. Esta estadística del cónclave, revelada por los mayores enemigos de la Compañía de Jesus, daba una mayoría evidente á los cardenales que querian conservar el instituto. Por lo que se leerá mas adelante, demostraremos el lazo en que cayó esta mayoría. Pero, por el honor mismo de la Iglesia, siempre es bueno publicar los nombres de los que desde luego aceptaron la mision de envilecer al Sacro Colegio. "Contamos con catorce votos seguros y cuatro dudosos para la exclusiva, decia Bernis á Choiseul, el 3 de Mayo. No se contaba sino con diez, cuando M. el cardenal de Luynes y yo entramos en el cónclave; ya ve vuestra excelencia que no hemos perdido el tiempo."

Entre los personajes mas influyentes del cónclave se contaban dos purpurados con el nombre de Albani. Justificados é intrépidos; ricos y honrados, se presentaron como gefes de los que no quisiesen humillar la dignidad de la Iglesia ante una ciega é inmotivada cólera contra los Jesuitas. Las adulaciones de Bernis se habian deslizado por sus almas, pero se mantenian firmes. El cardenal frances creyó que debia por todos los medios posibles vencer esta resistencia, y pidió á los dos italianos una conferencia en presencia de otros cardenales. La entrevista se verificó el 18 de Abril, y fué muy animada. Alejandro y Juan Francisco discutieron las razones de Bernis, que hacia de intérprete de las cortes. Juan Francisco sentó por principio que la causa de los Jesuitas llevada al cónclave era la causa de la Iglesia misma; que los parlamentos de Francia y los gobiernos español y portugues, muy bien habian podido cometer ese suicidio moral; pero que el Sacro Colegio ni podia ni jamas estaba en el caso de prestarse á semejante crimen; y que en Roma, para condenar á un acusado, eran necesarias mas pruebas que el inexplicable odio de un rey y los devotos cálculos de una muger perdida. Los dos Albani y sus allegados exigian que se especificasen las imputaciones, y que se apoyase de una manera lógica la culpabilidad de los Jesuitas. Estos cardenales destruian piedra